

---

## EL CARÁCTER OPERATIVO DE LA VIDA Y LA MUERTE: UNA MIRADA DESDE LA BIOPOLÍTICA

ANA MARÍA VALLE VÁZQUEZ

De acuerdo con M. Foucault, una de las cualidades de la biopolítica es el control o gobierno de la vida biológica y social de las poblaciones, a través de un cierto “hacer” del vivir y un “dejar” del morir. La biopolítica, a través del “hacer vivir dejar morir”, domina la vida biológica de las poblaciones y esto no elude el control de los propios individuos, sino que se vale de ellos para dominar esa masa amorfa y urbana de mil cabezas que es la población.

Se trata, dice Foucault (2014, 217), de un “derecho de vida y de muerte [como] uno de los atributos fundamentales de la teoría clásica de la soberanía [...] el efecto del poder soberano sobre la vida sólo se ejerce a partir del momento en que el soberano puede matar”. Se llega a la vida a través de la muerte; es un derecho de la espada donde surge lo que Foucault denomina el derecho de “hacer morir dejar vivir”. Lo que ocurre, desde el siglo XVIII, es la inversión de esa fórmula de la soberanía, ahora se llega a la muerte a través de la vida, digamos que hay poder sobre la muerte sólo a partir de que se obliga a vivir. Ya no se trata del poder de la espada, sino más bien del poder de la ampolleta, de la vacuna, de la cirugía, de las prácticas médicas de salud, etc. El derecho de vida y muerte es posible en esta época porque la propia vida y muerte se producen, es decir, el “hacer” trabaja sobre la vida y la muerte. Es un derecho que cosifica y banaliza aquello a lo que refiere, como dice Baudrillard (1991, 96):

irresistiblemente, el derecho adopta esa curva maléfica que hace que si una cosa es obvia, cualquier derecho sea superfluo, y si se impone la reivindicación del derecho, significa que la cosa se ha perdido; el derecho al agua, al aire, al espacio, significan la desaparición progresiva de todos esos elemento”.

Por ello, la fórmula “hacer morir dejar vivir”, donde impera el derecho de espada, y la fórmula “hacer vivir dejar morir” donde está el derecho de

la medicalización, hacen que la vida y la muerte sean superfluas, porque lo que importa es la fabricación de la cosa para tener derechos sobre ella.

Cuando el “hacer” y el “dejar” imperan en la vida y la muerte convirtiéndolas en índices de natalidad y mortandad, que son la materia prima del derecho, lo que se desvanece es la propia vida y muerte. El sujeto abandona su condición de ser vivo y muerto, se convierte en un extraño de sí, para dar paso a la maquinación y exhibición de vida y muerte. Baudrillard (1991, 97) lo dice así: “El individuo flexible, móvil, de geometría variable, ya no es un sujeto de derecho, es un táctico y un promotor de su propia existencia; ya no se refiere a ninguna instancia de derecho sino a la mera calidad de su operación o de su *performance*”. En una época como la nuestra, ser sujetos de derecho sólo es un daño colateral del ser sujetos de rendimiento: operativos, tácticos y estrategias, superándonos siempre a nosotros mismos. Somos, además, ser sujetos de transparencia: en tanto promotores de nuestra propia existencia, exhibicionistas y actores principales del espectáculo, del *performance*, que es nuestro “hacer vivir dejar morir”.

El *hacer* siempre conlleva producción, fabricación o creación. Es una operación, donde:

[...] la producción ya no es la Tierra que produce, el trabajo que crea la riqueza (los famosos esponsales de la Tierra y el Trabajo); el Capital es lo que *hace producir* a la Tierra y al Trabajo. El trabajo ya no es una acción, es una operación. El consumo no es ya un goce puro y simple de los bienes, es un hacer-disfrutar, una operación modelada y valorada sobre la gama diferencial de los objetos-signos (Baudrillard, 1991, 53).

Hacer vivir tiene que ver con la producción de la vida, no con la vida productiva, con la fabricación del disfrute, no con el gozo de lo fabricado. El hacer operativo no deja escapar a la muerte, es decir, hay una fabricación de la muerte y no una muerte productiva. El hacer vivir y morir se convierte en una máquina de vida y muerte.

Continúa Baudrillard (1991, 53): “El auxiliar «hacer» indica que se trata de una operación, no de una acción”. Hacer-operativo significa que todo es fabricado, ya no se trata de la investigación científica, ni del pensar ni del saber, sino de hacer-investigar, hacer-pensar, hacer-saber. La acción misma queda subsumida a un hacer-operativo.

El hacer-vivir no tarda en dejar-vivir, es decir, abandonar el vivir, quedando hipnotizados en el espectáculo de la operación, una vida sin vida, un sujeto ausente o, mejor dicho, una ausencia del sujeto, un sujeto que pronto se convierte en una máquina sonámbula. Dejar-vivir cede paso al hacer-morir, viene la producción y operación de la muerte que evita la muerte productiva. Dejar-vivir es deambular como máquina operativa,

como *zombies* que no podemos dejar de hacer-vivir, pero tampoco podemos morir.

De igual modo, la superproducción del hacer-vivir termina vencién dose a sí misma, cediendo lugar al hacer-dejar-morir. “El intento de vencerse a uno mismo, de querer superarse a uno mismo, resulta mortal. Es nefasta la competencia que busca *superar la propia sombra*” (Baudrillard, 1991, 109). El alto rendimiento habido en el hacer-vivir, fabrica la muerte, no del hacer, sino del vivir y del morir, es decir, lo que ocurre es un *hiperhacer* que mata hasta la propia muerte. Por lo que, incluso si consideramos que el *dejar* puede entenderse como concesión, permiso, autorización, consentimiento, o bien como un abandono, renuncia o desecho, y suponemos que dejar morir puede ser tanto dar permiso o autorizar la muerte, que implica conceder el fallecimiento y también puede significar abandonar o desechar al moribundo y al cadáver, que conlleva desaparecer la muerte; debemos aceptar que ambas acepciones del *dejar*, comprenden el abandono de la muerte. El sujeto superproductivo en su condición *zombie* y sonámbula, ni siquiera puede dejarse morir, ya que esa concesión o renuncia quedan condicionadas al hacer-vivir generalizado.

Al entrar en el “sistema de salud” se ingresa en algo que en otro momento llamé “la industria de la muerte” (Valle, 2015: 91-109) donde hay una degradación del cuerpo muerto, de la muerte misma, al convertirla en mercancía de consumo. Para “las sociedades industriales [...] el hombre es un elemento del mercado económico, un producto del que se libra científicamente, sólo pueden cumplir mediante sublimaciones simbólicas y el conjunto de los cementerios, de las casas de velorio y de [las cremaciones o] los entierros higiénicos” (Duvignaud, 1977, 246). Si a la muerte natural, la descomposición del cadáver, se le mataba al convertirla en mercancía que podía producirse, distribuirse y consumirse, hoy ni siquiera eso; no hay más muerte natural, no hay muerte mercancía, lo que hay es muerte operacional, es decir, en un sistema de funciones una de ellas ha sido desconectada. Ni los genios se salvan del carácter operativo de la muerte:

La prolongada agonía de Freud como consecuencia de un cáncer de laringe. El tumor despedía un olor cada vez más nauseabundo. Ni siquiera su fiel perro se acercaba a él. Tan solo su hija, Anna Freud, con indomable fortaleza y amor por el padre moribundo, siguió ayudándole en las últimas semanas y le salvó de sentirse abandonado. Simone de Beauvoir ha descrito con pasmosa exactitud los últimos meses de la vida de su amigo Sartre, que ya no podía contener la orina y tenía que ir con una bolsa de plástico atada y que con frecuencia rebo saba (Elias, 2012, 136-137).

La vida y la muerte se vuelven un hacer-operacional. Incluida la muerte de Freud, que pudo en su momento, junto con el psicoanálisis, conside-

rarse una mercancía reductible, aparece como la conclusión de una operación. Pero como se dice: *the show must go on*.

El carácter operativo de la muerte, no sólo está en el fallecimiento del cuerpo, también está en lo que Sloterdijk (2013) llamó la “muerte aparente del pensar”. La muerte del pensamiento está en la apariencia y la simulación del propio pensamiento. La apariencia, que es la muerte del pensar, radica en las pretensiones de pureza del pensamiento, en el esfuerzo por conservar a los ángeles de la teoría o los observadores puros, como los llama Peter Sloterdijk, aquellos que profesan la verdad pura, que buscan la verdad inmaculada. Por ejemplo, la afirmación “científicamente comprobado”, tan utilizada en nuestros tiempos, es la apariencia más cruda del pensamiento, y podemos decir que en esta frase radica la apariencia de la muerte del pensamiento científico, que no es otra cosa que la muerte de la ciencia y de la verdad misma. Se trata de una apariencia, de un *performance* del pensamiento, tan propio del sujeto de rendimiento y transparencia, de un sujeto ansioso, ávido de representarse a sí mismo en el espectáculo de la máxima positividad del mundo y pureza de la ciencia.

En suma, hacer-vivir es una especie de maquinación o maquila operacional de la propia vida; no es que se viva para producir, sino que la vida es en sí misma una operación. Esta vida operacional pronto termina convirtiendo al sujeto en una máquina *zombie*, en un sujeto superoperativo que ni vive ni muere. El carácter operativo de la vida y la muerte abandonan la propia vida y muerte, al convertirlas en operaciones que generan productos fabricados para exhibirlos en el *performance*, como objetos dignos de un espectáculo.

#### REFERENCIAS

- Baudrillard, J. (1991), *La transparencia del mal. Ensayo sobre los fenómenos extremos*, Barcelona: Anagrama.
- Duvignaud, J. (1977), *El lenguaje perdido. Ensayo sobre la diferencia antropológica*, México: Siglo XXI.
- Elias, N. (2012), *La soledad de los moribundos*, México: FCE.
- Foucault, M. (2014), *Defender la sociedad*, México: FCE.
- Sloterdijk, P. (2013), *Muerte aparente en el pensar. Sobre la filosofía y la ciencia como ejercicio*, Madrid: Siruela.
- Valle, A. et al., (2015), *Miasmas de la cultura. Ética y estética en los márgenes de la modernidad*, México: Juan Pablos Editor.